

—No te preocupes, hija, tu papá también lo notó.

Estaba ansiosa por escuchar el veredicto de mi papá, quería saber su opinión... ¡Me urgía!

Mamá observó mi preocupación; acotó la conversación para expresarse.

—No te preocupes, hija, lo platicamos tu papá y yo, aceptamos tu noviazgo con el joven médico. Es un buen muchacho, pertenece a una buena familia, bien integrada; además, en la universidad fue brillante —Estaba sorprendida de tanta información, hasta ese momento no sabía de dónde la habían obtenido—. Son de León, Guanajuato, viven en el Distrito Federal —agregó mi mamá delante de los primos.

—Anoche —continuó—, mientras bailaban se acercó un amigo de nosotros, se expresó de manera elogiosa del doctor y de su familia; también es de Guanajuato. Independientemente de lo que nos hayan dicho cuentas con nuestra aceptación y nuestro apoyo, como siempre.

El comentario de mi mamá me tranquilizó, tuve deseos de gritar “¡gracias!” con toda la fuerza de mis pulmones; me contuve, le dije que esas palabras me hacían muy feliz; me abalancé hacia ella para darle un abrazo, me colgué de su cuello, ella me tomó por la cintura, casi me levanta del piso. Mi madre, siempre amó a mi papá. Sabía de eso. En el pueblo de dijo que Bladimir contribuyó con parte de los gastos de mi fiesta para que papá se viera comprometido a curar gratis a sus animales.

CAPÍTULO 3

Ocho días después de mi fiesta llegó a la casa una señora como de 60 años. Vestía ropas estampadas en colores fuertes, falda larga, colganderos en el cuello; cubría su cabeza con una pañoleta roja anudada en la nuca. En la mano traía unas ramas envueltas en papel de estraza del utilizado en las panaderías para envolver el pan. Abrió la puerta, saludó, sin esperar más hizo dos preguntas.

—¿Eres la agraciada niña que acaba de cumplir quince años?

—Sí, soy yo —le respondí, en seguida le pregunté:

—¿Que desea usted, señora, a quien busca?

—Tu mamá está en casa? —atajó.

—Sí, permítame por favor, ahora le llamo.

Entré, me seguí hasta el traspatio donde mi madre le daba de comer a unos conejos que le habían regalado.

—En la puerta está una señora de extraño aspecto, te busca, dice que no se ven desde hace tiempo... que trae noticias que te quiere dar.

—Pásala a la sala, dile que enseguida estoy con ella.

Instantes después mi mamá entró, se dirigió a la sala, sonriente saludó a la recién llegada, se sentó en el extremo del mismo sillón. Al verla supo de quien se trataba.

Me ubiqué donde pudiera escuchar la plática porque me dio la impresión que era portadora de noticias desagradables.

—Qué bueno que vienes —le musitó mamá mientras le sujetaba los brazos—, si vieras el gusto que me da cuando vienen del pueblo a visitarme. Siempre me traen buenas nuevas y también suerte. Si esta visita hubiera sido la semana pasada te habría invitado a la fiesta de mi hija, la que te recibió y atendió.

—Sí, lo sé, desde que nació he llevado la cuenta de su edad, sabía cuándo cumpliría quince años. Vine después de la fiesta para no echársela a perder.

Escuché bien las palabras de la rara mujer desde donde estaba agazapada. Noté que mi mamá se sorprendió por el comentario. A la señora le achacaban algunas brujerías, según me comentó mamá después.

—Sabes que ya estoy vieja y muy enferma —confesó la señora—, yo sé que pronto voy a morir, la enfermedad que tengo nadie la podrá curar, así está escrito, pero no puedo quedarme con lo que traigo dentro.

Mi madre hizo un prolongado silencio en espera de lo que aquella mujer quería decirle.

—Tu hija acaba de encontrar un buen amor, pero lo que me hizo venir es una sombra en el futuro de tu muchachita, un hombre malo le va a echar a perder la vida, tengan cuidado, no es el guapo joven que ahora trae en su corazón, es un varón viciado de su alma. Ese individuo a ustedes los está cercando.

Mi mamá le ofreció café, comida, un pedazo de pastel, nada aceptó. El diálogo no duró más de quince minutos. La señora se disculpó por no permanecer más tiempo platicando con ella. Una vez de pie, le pidió a mi mamá una oración cuando se enterara de su muerte. Mi mamá le contestó que no lo haría pronto porque “te esperan muchos años en este mundo”.

De la conversación nada me comentó mi madre, yo nada pregunté. Después me aclaró que se trataba de una mujer a la que conocían con el sobrenombre de Brujilda, porque se creía adivina, pero que “hablaba puras tonterías”. Rápidamente recordé que la tía Dulcita la había mencionado cuando me platicaba de la boda de mis papás.

Tres meses después, en una plática de sobremesa, mi padre comentó que la señora que nos había visitado aquel día acababa de morir. “Bueno, se vino a despedir con falsos pronósticos”, soltó mamá a papá. “De cualquier manera le agradecemos la visita que nos hizo”. Delante de mí no comentaron más.

AQUEL DOMINGO mi novio llegó en punto de las diez y media de la mañana, tocó la puerta una vez, mi mamá salió a su encuentro, lo invitó a pasar a la sala; le

ofreció algo para tomar, agradeció sin aceptar. Le aclaró que nuestra intención era llegar puntuales a la misa de las once, argumento suficiente para que mi mamá me dijera que me apurara para llegar puntuales a la misa. “Para que alcancen asiento en las primeras bancas”.

Nuestra oculta intención fue darnos un tiempo para platicar a solas antes de llegar al templo de Dios a las doce del día. Paulo Emilio vestía todo de blanco, hasta los zapatos eran blancos. Caminaba erguido pero cuidando no parecer acartonado. Desde que salimos de la casa me tomó de la mano, me enseñó que la mujer cuando era acompañada por un varón debía caminar del lado de la acera, que el hombre debía caminar por la orilla. Caminamos lento hasta llegar el parque.

Vimos varios matrimonios jóvenes con sus pequeños hijos enseñándolos a caminar. A ratos los dejaban solos; algunos caían derribados por el peso de sus cuerpecitos. En una esquina del parque estaba el vendedor de globos; al lado, tres niños comprando algodones de azúcar. En cada una de las cuatro esquinas había un lustrador de calzado, se escuchaban los rechinidos de los trapos al friccionarse con los zapatos. Una banda musical integrada por una familia indígena tocaba melodías de moda.

Dimos dos vueltas al parque, rápidamente nos encaminamos a la cafetería que estaba enfrente. Nos instalamos en la única mesa desocupada. Llegó la mesera, en su libreta anotó el pedido; se retiró. Mi novio inició la plática comentándome de sus pacientes. Me explicó que los pacientes que no tenían dinero para pagarle la consulta no se las cobraba. Les decía que regresaran cuantas veces requirieran, tuvieran o no dinero. “A algunos les regalé las medicinas de las muestras médicas de las que me dan los laboratorios”.

“Fíjate amor que los indígenas están desnudos de maldades, son los mejores seres que yo haya conocido en mi vida. Son personas cálidas, de peto y algodón; de gran corazón. Son pobres, pero nunca les falta de comer. Te hablan de su tierra en tono cariñoso. No les hace falta lo que nunca han tenido”.

Las risotadas de los niños del parque se escuchaban hasta nuestra mesa. Continuó diciéndome bellas frases como sacadas de un libro clásico. Remató con las siguientes: “Nunca olvides los días grises, son ellos los que traen el brillo del sol. Tampoco olvides las derrotas porque son las que nos proporcionan las victorias. Jamás olvides los errores, serán ellos los que te darán lecciones; ni la soledad, ella te hará entender tus amores, te allegará a tus amigos y te acercará a Dios”.

Esas frases halagaban mis oídos. A nosotros se acercó una pareja, parecían mercaderes provenientes de otro lugar. El hombre interrumpió las palabras de mi novio para hacer oír las suyas: “Doctorcito, lo interrumpo para agradecerle la vida de

mi mujercita, usted la salvó de la enfermedad... ¡Sentía que se moría!... Y mire usted, hasta un chilpayate pudo tener, que Diosito los bendiga”

Salíamos del lugar cuando otra señora prorrumpió nerviosa para decirle a mi novio que su pequeña hija, de apenas cuatro años, tenía fiebre. “Tiene fiebre, doctor, ya desvaría, al parecer es una infección intestinal”. Mi novio le hizo unas preguntas a la desesperada madre. Concluyó que la causa de la calentura no era lo que suponía la mujer; su mal provenía de otra cosa. Ahí mismo improvisó una receta con las indicaciones para el uso de los medicamentos. Le dijo que los adquiriera en un dispensario médico que estaba en las afueras de la ciudad, y no en la farmacia del centro porque “los precios son altos”. Se marchó con semblante de agradecimiento.

Los reconocimientos eran frecuentes. Nos abordaban en la calle o donde fuera para agradecerle o para bendecirlo. A pesar de su juventud sabía mucho. Se retroalimentaba con su propia dignidad. Me decía: “Primero enamórate de ti, cariño, te sentirás muy bien; luego te enamoras de alguien, te sentirás mejor”. Era la primera vez que un chico me invitaba al café, me sentía realizada.

TOMADOS DE LA MANO caminamos a paso lento rumbo a la iglesia. El contacto con su mano me transmitía sensaciones encantadoras. Sobre las ramas de los árboles había pájaros que batían sus alas; otros volaban en parvadas. Un hombre de cara afilada, nariz aguileña y mirada torva, caminaba con la cabeza agachada. Cuando pasó frente a nosotros levantó la cara, se le quedó mirando a mi novio, dijo algo entre dientes; continuó su camino con paso rápido. Más adelante, dio media vuelta para regresar sobre sus pasos. Repitió la misma acción cuando pasó frente a nosotros. Se perdió entre la gente.

Subimos la escalinata, llegamos a la puerta principal, entramos. Al cruzarla nos soltamos de la mano, nos persignamos. Había silencio, se escuchaban las pisadas de los que caminábamos dentro. Olía a velas encendidas y a flores frescas. Transitamos por el pasillo del centro en ese momento adornado con dos líneas de jarrones con tulipanes. Nos dirigimos al frente en busca de lugares para sentarnos; los encontramos en la segunda banca.

Levanté la cara, observé las figuras celestiales pintadas en las cúpulas, imaginé el cielo. La misa inicio a las doce en punto. La iglesia resplandecía de fieles enfundados en sus galas de domingo. El sermón que ofreció el joven cura, que recientemente lo había llegado al pueblo, trataba de las indulgencias, los pecados, la tolerancia, el diezmo... y otras cosas que no les puse mucha atención. Cerca de la entrada, estaban sentados los hermanos Bladimir y Ricardo, acompañados por su mamá. Fuimos los primeros en recibir la hostia. Detrás nuestro se formaron Bladimir, su mamá y su hermano. Alcancé a escuchar lo que dijo la señora con voz enronquecida y musitada:

“Qué hermosa mujercita están viendo mis envejecidos ojos. La gente de hoy ya no quiere venir a encontrarse con Dios, por eso hay tanta maldad. Me da gusto verte aquí, hija”. Le agradecí sus comentarios.

Regresamos a nuestros lugares. Cuando finalizó la misa caminamos a la salida; me encontré otra vez con la señora Carola, se despidió de nosotros, lo mismo hicieron Bladimir y Ricardo.

En misa agradecí a Dios la oportunidad de estar feliz. Afuera saludé de lejos a varias amigas, correspondieron agitando sus manos. Los rayos del sol nos obligaron a entrecerrar los ojos. Regresamos al parque, nos detuvimos frente al vendedor de nieves; él pidió de vainilla, yo de fresa. En el camino nos topamos con un indígena con un problema en su pierna izquierda; renqueaba, se apoyaba en una rudimentaria muleta construida por él mismo. Se disculpó, sin esperar más le expuso a mi novio que tenía necesidad de verlo en el consultorio pero que estaba “juntando” para la consulta. Ahí mismo Paulo Emilio le revisó la pierna, fue al restaurante donde antes estuvimos, tomó una servilleta, improvisó la receta, se la dio al enfermo; le dijo que no le cobraría la consulta. “Nadie hace lo que usted, Dios le dará más”

Nos ilusionaba hablar de planes matrimoniales. Estuvimos de acuerdo vivir unos años en Papantla, mientras reuniríamos el dinero suficiente para mudarnos a la ciudad de México; “Deseo que nuestros hijos asistan a las mejores escuelas.

EN MIS RATOS LIBRES y con el permiso de mis papás, bueno, más bien de mamá porque papá se oponía un poco; acompañaba a mi novio a su consultorio. Sobre su escritorio había figurillas que le regalaban. Algunas veces iba con él a comunidades a atender a pacientes que por su enfermedad no se podían trasladar al pueblo.

En una ocasión me invitó a una de las comunidades para atender a una paciente que tenía que estar en reposo obligado. Vivía en una casa construida con tabloncillos de madera de pino. Tenía una puerta y tres ventanas desprovistas de cristales. El techo también era de madera, lo cubría una capa de chapopote para protegerlo del agua. Alrededor había árboles frutales y sembradíos de verduras. Atrás de la casa estaba un corral con gallinas y dos guajolotes. Cuando llegamos nos recibió la hija de la enferma. En el saludo sentí sus manos ásperas, denotaban trabajo de campo. Su rostro estaba deslustrado por la exposición al sol y al viento. Me quedé en la cocina platicando con la muchacha; aparentaba treinta y cinco años pero acababa de cumplir treinta. Mi novio exploraba el debilitado cuerpo de la enferma. La hija de la señora me describió la vida de ellos. Al término de la consulta, mi novio sacó de su maletín las medicinas que la señora requería para curarse; se las obsequió. Nos despedíamos para retirarnos, la hija intentó pagar el costo de la consulta, mi novio le dijo que aceptaría el pago si la señora recuperaba plenamente su salud. Nos invitaron a comer,

mi novio volteó a verme, entendí que solicitaba mi respuesta, moví la cabeza afirmativamente; se sintió complacido. Nos quedamos a comer.

El menú: caldo de gallina, frijoles cocidos en olla de barro y tortillas gruesas y grandes recién hechas. Comprobé que la comida guisada con leña se deleita mejor.

No utilizamos cubiertos. Ellos no usaban esos instrumentos para comer. Las servilletas eran de tela con flores bordadas. Al principio me costó trabajo comer sin cubiertos, solo había cucharas. Mi novio comió sin dificultad alguna, estaba acostumbrado a comer en las comunidades donde no usaban ese tipo de instrumentos. Se sentó a la mesa, se arremangó las mangas para no mancharse con la comida, tomamos los alimentos como aquella familia lo acostumbraba hacer.

CAPÍTULO 4

Nuestro noviazgo duró poco tiempo: seis meses. A los cinco de haber iniciado nuestra relación, por el pueblo corrió el rumor que alguna persona había muerto porque mi novio le había dado medicina caducada. Cinco días después se especuló sobre otro caso similar: que el doctor, mi novio, les daba medicamentos equivocados. Anticipándose a mi pregunta, mi novio me dijo: “Mi vida, lo que se dice de mí no es cierto, alguien trata de desprestigiarme, no entiendo por qué lo hacen; no tengo la menor idea de quién pueda ser”. Le creí, no dudaba de su palabra.

Poco tiempo después fue al consultorio un grupo de tres personas, se decían familiares de otro paciente que había muerto por causas similares, según vociferaron. Gritaban que el doctor estaba matando a la gente del pueblo. Mi novio estaba desconcertado, trataba de poner en claro quién estaría detrás de esa farsa, no atinaba quién podría ser, sentía que su convicción flaqueaba, se pasaba noches enteras sin dormir. Varias personas especulaban sobre el probable autor de esa trastada. Trataba de mostrar aplomo pero por dentro sentía otra cosa. Titubeaba cuando conmigo platicaba; deseaba ayudarlo pero mi escasa experiencia me limitaba.

Una tarde de viernes mi novio llegó a la casa. Papá abrió la puerta, le dijo: “Pásale, doctor, por favor pásale”. Entró, caminó detrás de mi papá, tomaron asiento en la sala. Paulo Emilio aceptó un vaso con agua de frutas, yo misma se la llevé. Mi papá levantó la vista para decirme con voz suave: “Hija, déjanos solos un momento, deseo platicar con el doctor, estate pendiente por si algo se nos ofrece”. Me coloqué cerca, donde no me vieran, para escuchar la conversación.

—Sé lo que se andan diciendo de tu desempeño profesional —le dijo mi papá a mi novio.

—Estoy seguro, sin dejarme influir por la relación de noviazgo que sostienes con mi hija, que son inventos, son calumnias, quieren estropear tu carrera profesional. Has